

nifestado suficientemente. El deseo de tener la hija te ciega, y no es menester ir como una corneja que derriba nueces. Déja que por ahora lleve yo el timon y tú conténtate con ayudar á la maniobra. ¿Está bien que comprometas tu dignidad de majistrado en un?.....

No concluyó porque oía á M. de Grassins, que hablaba con el tonelero y le decia:

—Grandet, hemos sabido la terrible pérdida que ha sufrido la familia de V., el desastre de la casa de Guillermo Grandet y su muerte: por tanto, venimos á consolarle á V., manifestándole que participamos en mucho de su sentimiento.

—La única desgracia es la muerte de M. Grandet, dijo el notario, interrumpiendo al banquero. Ni esta se hubiera verificado tampoco si hubiese pedido socorro á su hermano, el cual honrado y pundonoroso como es, piensa liquidar las deudas de la casa de M. Grandet de Paris. Mi sobrino el presidente, para evitarle el embolismo de un negocio del todo judicial, le ofrece irse en seguida á Paris, á fin de transijir con los acreedores, y satisfacerles lo mejor posible.

Estas palabras confirmadas por la actitud del tonelero, sorprendieron extraordinariamente á los tres de Grassins, que durante el camino habian maldecido á su sabor la avaricia de M. Grandet, casi acusándole de fraticida.

—Bien lo sabia yo, exclamó el banquero mirando á su mujer. ¿No te acuerdas que te lo decia por el camino? Grandet es muy honrado, y no sufrirá la mas lijera mancha en su nombre. El dinero sin el honor es una enfermedad y no falta honor en nuestras provincias. Bien hecho, Grandet, muy bien hecho. Yo soy un antiguo militar, no sé disfrazar mis sentimientos, y todo lo digo con sinceridad: esto es sublime, canario!

—Entónces lo sublime es bien caro, respondió el avaro, mientras que el banquero le sacudia calorosamente la mano.

—Mas esto, querido Grandet, no se enfade el señor presidente, es un negocio puramente comercial y requiere un negociante consumado. ¿No es menester estar enterado de las cuentas de cambios, desembolsos y cálculos de intereses? Yo debo ir á Paris por mis negocios, y entonces podria encargarme de.....

—Procuraríamos pues arreglarnos los dos en las posibilidades relativas y sin empeñarme en cosas que yo no quisiera, dijo hostezando M. Grandet. Porque ya ve V., el señor presidente me pediría naturalmente los gastos del viaje.

En estas últimas palabras no tartamudeó.

—Ah! dijo madama de Grassins, si es un placer ir á Paris. Yo pagaría de buena gana por ir.

É hizo una señal á su marido, como para esfor-

zarle á soplar esta comision á sus adversarios á todo trance. Luego lanzó una irónica mirada á los dos Cruchot que pusieron grima al escucharla.

M. Grandet tomó al banquero por un boton de la casaca y lo condujo á un rincon.

—Yo tendria mas confianza en V. que en el presidente, le dijo. Ademas hay moros en la costa, añadió removiendo su lobadillo. Yo quiero entrar en la renta. Tengo que comprar algunos millares de francos y no quiero pagarlos mas que á ochenta Esta mecánica baja, segun dicen se verifica al fin de cada mes. V. conoce bien esto ¿no es verdad?

—¡Pardiez si lo conozco! Y bien, entonces tendré yo algunos miles de libras de renta que levantar por V.

—No es gran cosa para empezar. *Chiton*. Quiero jugar sin que nadie lo sepa. V. me concluirá un negocio para el fin del mes; no diga V. nada á los Cruchot, esto les incomodaria. Puesto que va V. á Paris, verémos al mismo tiempo por mi pobre sobrino de que color están los.....

—Quedamos entendidos, mañana partiré en posta, dijo en alta voz M. de Grassins, y vendré á tomar las últimas instrucciones de V. á.....¿á que hora?

—A las cinco de la mañana, dijo el viñero, frotándose las manos.

Los dos partidos se quedaron cara á cara algunos

instantes y M. de Grassins dijo despues de una breve pausa, golpeando sobre la espalda de M. Grandet.

—¡Que agradable es tener parientes buenos como este!.....

—Sí, sí, sin que tenga esto visos de tal, soy un buen pariente. Yo amaba á mi hermano y lo probaré bien si no cuesta.....

—Nos vamos, Grandet, dijo el banquero interrumpiéndole felizmente ántes de concluir su frase. Se acerca mi partida y tengo algunas cosas que poner en órden.

—Bien, bien. Yo tambien, para lo que V. sabe, voy á retirarme en mi cuarto de deliberaciones, como dice el *presidente Cruchot*.

—Peste! ya no soy mas de Bonfons, pensó tristemente el majistrado, cuya figura tomó una espresion de melancolía judiciaria, la espresion de un majistrado cansado de un pleito.

Los jefes de las dos familias rivales se marcharon juntos. Ni unos ni otros se acordaron mas de la traicion de que Grandet se habia hecho culpable por la mañana y se sondearon mutuamente, bien que en vano, para ver lo que pensaban sobre las intenciones reales del avaro en este nuevo negocio.

—Viene V. con nosotros á ver á madama de Orsonval? dijo M. de Grassins al notario.

—Mas tarde irémos, respondió el presidente. He

prometido despedirme, si mi tío no lo halla á mal, de la señorita de Gribeaucourt, y despues darémos la vuelta por allá.

— Siendo así, hasta luego, señores, dijo madama de Grassins.

Y asi que estuvieron á distancia de algunos pasos de los dos Cruchot, Adolfo dijo á su padre.:— Están que rabian, eh?

— Cállate, hijo, le replicó su madre, pueden oírnos; ademas lo que dices no es muy sabroso y huele á universidad.

— Con que, tío, exclamó el majistrado, cuando vió alejados á los Grassins, he comenzado por ser el presidente de Bonfons y he concluido por ser simplemente un Cruchot.

— Ya lo he observado, pero el viento estaba en popa para los de Grassins. Eres un bestia con todo tu talento. Déjales embarcar sobre un *verémos* del tío Grandet; y estáte tranquilo, que por eso Eugenia no dejará de ser tu esposa.

En pocos momentos la magnánima resolucion de M. Grandet fué esparcida en tres casas á la vez. Ya no hubo otra conversacion en toda la villa que su sacrificio fraternal. Todo el mundo le perdonó la venta hecha en desprecio de la fe jurada entre los propietarios, admirando su honor y jenerosidad de que nadie le hubiera creído capaz. Es carácter de los franceses entusiasmarse, acalorarse y apasionar-

se por el metéoro de un momento. Los seres colectivos, los pueblos, carecen acaso de memoria!

Cuando Grandet hubo cerrado la puerta, llamó á Mariana.

— No sueltes el perro, ni duermas tampoco; hoy hemos de trabajar juntos. A las once Cornoiller debe estar en la puerta con el chirrion de Froidfond. Oyele venir á fin de impedir que llame, y harásle entrar en silencio. Las leyes de policia no permiten el ruido nocturno. Por otra parte el cuartel no debe saber que yo me pongo en camino.

Dicho esto, M. Grandet subióse á su laboratorio, en que Mariana le oía removerse, hojear, ir y volver, pero con precaucion. No queria en realidad despertar ni á su mujer, ni á su hija, y sobre todo, no llamar la atencion de su sobrino, á quien habia empezado ya por maldecir viendo que tenia luz en su cuarto.

En medio de la noche, Eugenia, preocupada en su primo creyó haber oido el llanto de un moribundo, y para ella ese moribundo era Carlos. Le habia dejado tan pálido, tan desesperado! Tal vez se habrá suicidado! se decia. De repente embozóse con un sobretodo y salió de su cuarto. Una luz viva que pasaba por las hendiduras de la puerta la hizo temer por el fuego; pero se serenó luego, al oír los pasos y la voz de Mariana que se confundian entre los relinchos de los caballos.

— Mi padre se lleva á mi primo, se decia, entreabriendo la puerta con mucha precaucion para impedirle de chirriar, más de manera que pudiese ver lo que pasaba en el corredor.

Lo primero que se le presentó fué la vista de su padre, cuya mirada, aunque vaga é insustancial, la llenó de terror. Iba con Mariana llevando sobre su hombro derecho una gruesa barra, de la que se hallaba suspendido un barril de aquellos que hacia M. Grandet á ratos perdidos.

— ¡Virgen santa! señor, ¡cuanto pesa! decia en voz baja Mariana.

— ¡Que desgracia que no sean esto escudos! respondió el avaro. Cuidado con el candelero.

Esta escena estaba iluminada por una sola vela, colocada entre dos barras de la escalera.

— Cornoiller, dijo M. Grandet á su *guarda-in-partibus*, ¿has tomado las pistolas?

— No por cierto, señor, ¿que hay que temer por el dinero de V.?.....

— Ah! nada, nada, respondió Grandet.

— Por otra parte tambien irémos corriendo. Los arrendadores de V. le han escojido los mejores caballos.

-- Bien, bien, tu no les has dicho á donde íbamos?

-- Si yo no lo sabía.

-- Bien, bien, ¿el carruaje es bueno?

-- ¡Yo lo creo! muy récio! ¿Que es lo que hay en esos barriles que pesa tanto?

— Toma, dijo Mariana, ya lo sabemos! Hay á la raya de mil ocho cientos!

— Quieres callar, Mariana! Dirás á mi mujer que he salido al campo; al medio dia ya estaré de vuelta. Será menester alijerar el paso, Cornoiller, quiero estar en Angers ántes de las nueve.

El carruaje partió. Mariana cerró la puerta grande, soltó al perro, acostóse con la espalda algo magullada y nadie del barrio sospechó ni la partida de M. Grandet, ni el objeto de su viaje: la discrecion del tonelero era completa. Nadie vió jamás un sueldo en aquella casa llena de oro. Habiendo sabido por la mañana por las noticias de la plaza que el oro habia doblado de precio, por razon de los numerosos armamientos que se hacian en Nautes, y que algunos especuladores habian llegado á Anjers para comprarlo, el tonelero con un simple empréstito de caballos hecho á sus arrendadores, se puso en disposicion de ir, vender el suyo, y volverse con valores recibidos del pagador jeneral, sobre el tesoro, que aumentados de aquel modo formaban la suma necesaria para adquirir la renta antedicha.

— Mi padre se va! dijo Eugenia que desde lo alto de la escalera lo habia oido.

— El silencio se habia restablecido en la casa, y el lejano ruido del carruaje que fué cesando por grados, no resonaba ya en la poblacion de Saumur sumerjida en el sueño. Entónces Eugenia oyó en su corazon

antes de escucharlo por los oídos, un quejido que atravesó las puertas, y venía del cuarto de su primo. Una ráfaga luminosa, fina como el cortante de un sable, traspasaba la abertura de la puerta y cortaba horizontalmente las tablas de la vieja escalera.

— Como sufre! se decía, subiendo dos escalones.

Un segundo gemido la hizo llegar hasta la puerta. Estaba entreabierta y empujola. Carlos dormía con la cabeza inclinada fuera del sillón; su mano había soltado la pluma y tocaba casi en el suelo. La respiración fatigosa que le causaba su postura, espantó á Eugenia que entró corriendo.

— Cuan fatigado se debe hallar! decía Eugenia, mirando unas diez cartas cerradas sobre la mesa, cuyos sobres leyó.

A M. Juan Robert, sillerero. A M. Buisson, sastre, etc.

— Habrá arreglado todas sus cosas para dejar luego la Francia! pensaba tristemente.

Después echó la vista sobre dos cartas abiertas. Estas palabras con que empezaba una de ellas *Querida Anita*, la causaron un vértigo. Palpitó su corazón y quedó clavada en el suelo.

— Su querida Anita! La ama y es amado de ella! Ya no me queda ninguna esperanza! Qué deberá decir!

Estas ideas le atravesaban la cabeza y el corazón, las leía por todo; hasta en el suelo con rasgos de fuego.

— ¡Debo ya renunciar á él! No, no quiero leer esa carta. Debo salirme de aquí. Mas, sin embargo si la leyera!...

Al fin clavó los ojos en él, tomóle suavemente la cabeza, se la colocó sobre el respaldo del sillón, y Carlos se la dejó conducir, á manera de un niño, que aun durmiendo conoce á su madre, y recibe sin despertarse sus besos y cuidados. Como una madre Eugenia levantó su mano pendiente, y como una madre le besó dulcemente los cabellos.

Querida Anita! Un demonio repetía en sus oídos estas dos palabras.

— Ya sé que hago mal, mas quiero leer esta carta.

Su noble probidad se estremeció. Eugenia volvió la cabeza. Por primera vez en su vida el bien y el mal se hallaban de frente en su corazón. Hasta entonces no había tenido que ruborizarse de acción alguna; mas al fin vencieronla la curiosidad y la pasión. A cada frase se dilataba su pecho mas y mas, y el ardor que animaba su vida, durante esta lectura, la hizo mas penetrantes los placeres de su primer amor.

«Mi querida Anita, nada debía separarnos en este mundo á no ser la desgracia que me anonada y que ninguna prudencia humana hubiera podido evitar. Mi padre se ha suicidado; su fortuna y la mia se han

perdido completamente. He quedado huérfano en una edad en que por la naturaleza de mi educacion puedo pasar por niño, y debo sin embargo levantarme hombre del abismo en que estoy sumerjido. Acabo de pasar una parte de esta noche en mis cálculos. Si, abandono la Francia como hombre honrado, y en esto no hay la menor duda, no tengo cien francos de que disponer para probar fortuna en las indias ó en la América. Sí, mi pobre Ana, iréme á probar fortuna en los climas mas mortíferos; allí es, segun dicen, la suerte segura. En cuanto á permanecer en Paris, no puedo: mi alma, ni mi cara no están hechas para soportar las afrentas, la frialdad, el desden que se le espera á un hombre arruinado, al hijo de un hombre que ha quebrado! Buen Dios, deber tres millones! Moriria de un duelo á la primera semana: no quiero volver mas. Tu amor, el mas tierno y decidido que jamas haya podido ennoblecir el corazon de un hombre, no tendria poder bastante para llevarme á Paris. Ah! mi bien me falta dinero para ir á donde tú estás, darte y recibir un postrer beso, un beso que me diera la fuerza que necesito para mi empresa.

— Pobre Carlos, dijo Eugenia enjugando sus lágrimas, he hecho bien en leer! Yo tengo oro y se lo daré.

Y continuó.

« Jamas habia pensado en los horrores de la mi-

seria. Si puedo alcanzar los cien luises indispensables para el viaje, no me resta un sueldo siquiera para una pacotilla. Pero no, ni cien luises me quedarán pagadas las deudas de mi padre. Sino me queda nada partiré tranquilamente á Nántes, me embarcaré como simple marinero, y empezaré como han empezado los hombres de enerjía, que, jóvenes, no poseian un sueldo, y han vuelto ricos de las Indias. Desde esta mañana he mirado muy friamente mi porvenir. Es mas horrible para mi que para cualquier otro; yo, mimado por una madre que me adoraba, querido por el mejor de los padres, y que para colmo de felicidad en el mundo, habia encontrado el amor de una Ana! No he conocido mas que las flores de la vida! tal felicidad no debia durar. Con todo, cara Anita, tengo mas valor de lo que era permitido á un jóven desauiciado ya, á un jóven habituado á las caricias de la mas deliciosa mujer de Paris, mecido entre los alhagos de la familia, á quien todo sonreía en derredor, y cuyos deseos eran leyes para un padre..... Oh! mi padre, Anita, ya murió!

Ahora bien, he reflexionado mi situacion, he reflexionado la tuya tambien. He velado mucho en veinte y cuatro horas! Mi querida Ana, si para tenerme á tu lado en Paris sacrificarás todos los placeres de tu lujo, tu tocado, tu palco en la opera, no llegaríamos de mucho, al número de gastos ne-

cesarios á mi disipada vida: ademas yo no sabia aceptar tantos sacrificios. Asi pues, hoy nos separamos para siempre.

— ¡La deja! ¡virjen santa! ¡Oh dicha!.....

Eugenia saltó de alegría. Carlos hizo un movimiento, ella se heló de terror; pero, felizmente él no se despertó.

Y continuó su lectura:

— ¿Cuando volveré? ¿quien sabe! El clima de las Indias envejece muy pronto á un europeo, y sobre todo á un europeo que trabaja. Señalemos por término diez años. De aqui á diez años tu hija que tendrá diez y ocho, será tu compañera, y tu guarda. Entónces el mundo será para tí muy cruel, y tu hija aun mas. Hemos visto ejemplos de esos juicios mundanos, y de esas ingratitudes de las jóvenes; sepamos aprovecharlos. Guarda en el fondo de tu alma como yo guardaré en el fondo de la mia la memoria de esos cuatro años de felicidad, y sé fiel, si puedes, á tu pobre amigo. No sabia esci-júrtelo para siempre, porque ya ves, cara Anita, debo conformarme con mi suerte, mirar seriamente la vida y cifrarla en lo mas real. Debo pensar en el casamiento, que se hace una de las necesidades de mi nueva ecsistencia, y creo haber encontrado aqui en Saumur, en casa de mi tío, una prima, cuyos modales, figura, talento y corazon te agradarían, y que á mas, me parece tener.....

Hasta aqui llegaba la carta.

— Debia estar muy fatigado, cuando ha cesado de escribirla, dijo para sí Eugenia.

— ¡Justificábale! Parece imposible cuando aquella inocente niña apercibió la frialdad que estaba marcada en su carta. En una jóven educada en la relijion, ignorante y pura, todo es amor desde el momento que pone el pié en las rejiones encantadoras del amor. Paséase rodeada de la celeste luz que refleja su alma y que se fija en su amante. Colórale con los fuegos de su propio sentimiento y le presta sus mas preciosos pensamientos. Los errores de la mujer provienen casi siempre de su creencia en el bien, ó de su confianza en la verdad. Las palabras *mi cara Anita, mi bien* resonaban en su corazon como el mas hechicero lenguaje del amor, y acariciaban su alma, como en su infancia las palabras *venite adorenus* acompañadas por el órgano recreaban sus oidos. Por otra parte las lágrimas de que estaban todavía llenos los ojos de Carlos por su padre la revelaban todas las cualidades del corazon mas seductoras para una jóven.

— ¿Podia dudar que, si Carlos amaba tanto á su padre y le lloraba tan de véras, aquella ternura procedia tanto de las bondades de su corazon como de las de su padre? Los padres de Carlos, satisfaciendo siempre las fantasías de su hijo, le daban todos los placeres de la fortuna y esto le habia im-

pedido de hacer los horribles cálculos de que son culpables la mayor parte de los hijos en Paris, unos mas otros menos, porque en presencia de los goces de aquella capital forman deseos y conciben planes, que con pesar suyo ven prolongados é incesantemente impedidos por la vida de sus padres. De ahí es que la prodigalidad del de Carlos llegó á sembrar en su pecho un verdadero amor filial, sin ulterior intencion. No obstante Carlos era un jóven parisiense, habituado por las costumbres de Paris y hasta por la misma Ana, á calcularlo todo y á ser viejo con la máscara de jóven. Habia recibido la espantosa educacion del gran mundo, donde en una noche se cometen mas crímenes por pensamiento ó por palabra de los que castiga la justicia en los tribunales; donde los chistes asesinan las grandes ideas; donde nadie es tenido por fuerte hasta que se ve justo, y allí ver justo es no creer en nada, ni en los sentimientos, ni en los hombres, ni aun en los sucesos, porque tambien se finjen: para ver justo es menester pesar cada mañana la bolsa de un amigo, saberse hacer superior políticamente á cuanto acontece, y provisóriamente no admirar nada, ni las obras del arte, ni las nobles acciones, y dar por móvil de todo al *interés personal*.

Despues de mil locuras, aquella gran dama, la hermosa Anita, obligaba á Carlos á pensar nuevamente. Hablábale de su posicion futura al mismo

tiempo que le pasaba por los cabellos su perfumada mano; al tiempo de componerle un bucle le hacia calcular la vida. Afeminábale, materializándole: doble corrupcion; pero elegante fina, y de buen gusto.

—Carlos, ¡que sencillo es V.! solia decirle: mucho me costará hacerle conocer el mundo. Hoy ha estado V. muy mal con M. de Gerente. Ya sé yo que es un hombre poco honorable; pero aguarde V. que esté caido y entónces podrá menospreciarle á su sabor. ¿Sabe V. lo que nos decia madama Campan:—Hijos míos, miéntras un hombre está en el ministerio adoradle; caido, ayudadle á llevar al cementerio. Miéntras está en el poder es una especie de Dios; fuera de él, es inferior á Marat en su ruina, (22) porque él vive y Marat estaba muerto. La vida es una serie de combinaciones que es menester estudiar y seguir de contínuo para llegar á mantenerse siempre en buena posicion.

Carlos era un hombre demasiado á la moda, habia sido demasiado dichoso de parte de sus padres, y el mundo le habia adulado muy mucho para tener grandes sentimientos. El grano de oro que su madre le habia sembrado en el corazon se habia estendido en el crisol parisiense, y él lo habia empleado en su superficie cuando debia usarlo por el frote. Pero Carlos no tenia mas que veinte y un años, y á esta edad, la juventud de la vida parece inseparable del candor del alma. La voz, la